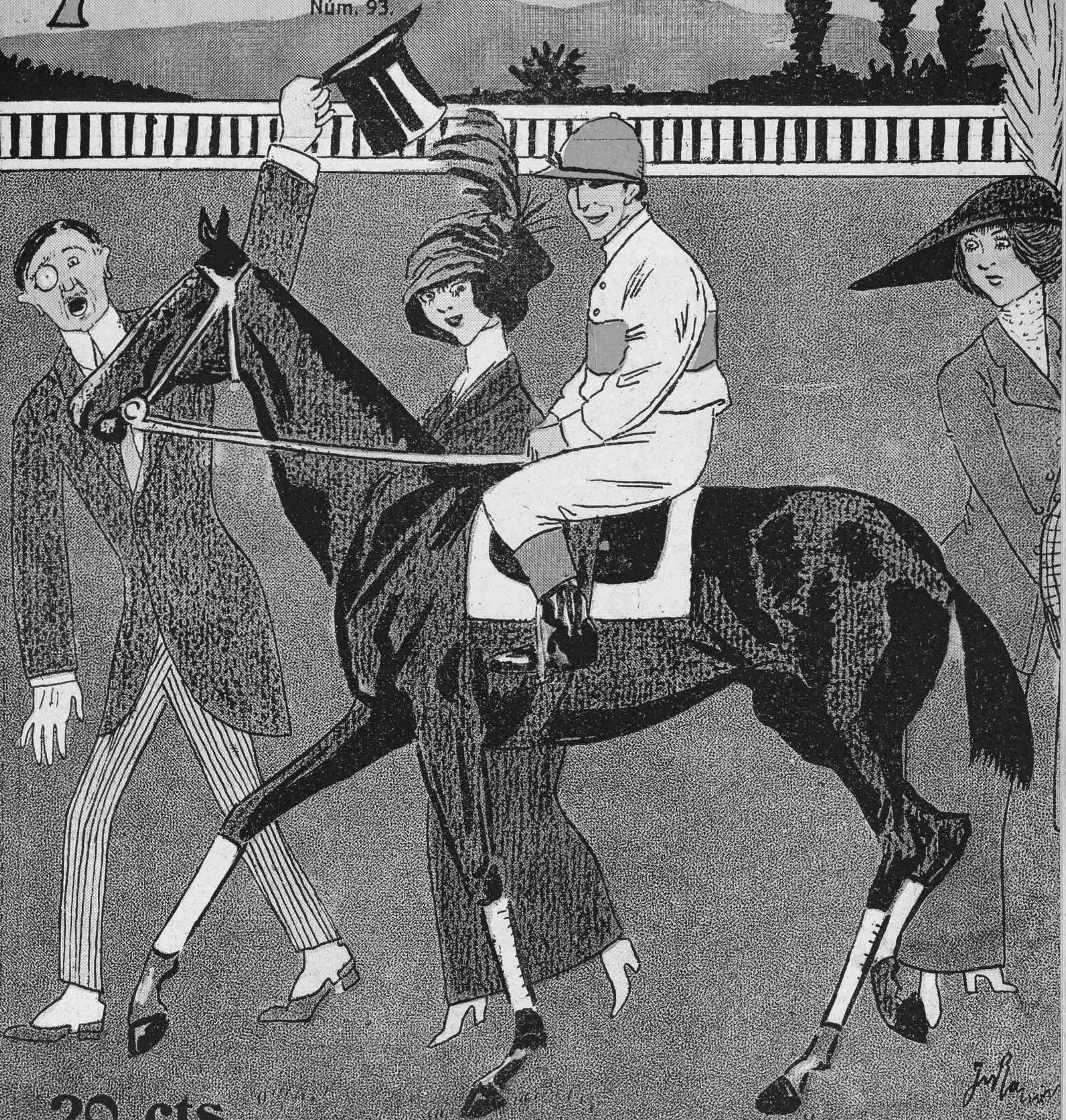


Madrid Cómico

Año 1911. Sábado 25 de Noviembre.
Núm. 93.



20 cts.

EL VENCEDOR, por Ramírez.

CHARLA SEMANAL



Va á celebrarse en el teatro Real una función en honor de Jovellanos.

Nada más loable sino ver que se hace la justicia de honrar la memoria de aquel gran español, que en el aspecto político era de la talla de Floridablanca, y cuya escuela no tuvo en el siglo XIX otros seguidores que don Fermín Caballero y D. Joaquín Costa. Jovellanos, como estos últimos, fué un gran literato. Su fama de poeta perdura junto á la de hombre público.

Por eso no deja de sorprender un poco cierta parte del programa de esa función conmemorativa, y échese por delante que voy á referirme á dos compañeros míos muy queridos y á una excelente obra suya. El día de esa fiesta se representará un acto de la comedia *La sombra*, de Catarineu y Mata, por la compañía del Coliseo Imperial.

No es por faltar á nadie ni porque crea yo que la compañía que existe esta temporada en el Teatro Español sea superior á la del cine de la Concepción Jerónima (con honrosas y escasísimas excepciones), pero estando abierto el coliseo de la Plaza de Santa Ana, no parece muy decoroso que vayan á representar comedias al Real, en fiesta solemne, los actores de un local de espectáculos de muy otra categoría.

Pasada esta primera extrañeza surge una segunda: ¿Qué tendrá que ver *La sombra* con Jovellanos?

D. Melchor Gaspar fué también autor dramático. ¿Por qué, ya que de hacerle un homenaje se trata, no se pone en escena *El delincuente honrado*?

Y comentemos un tema parecido.

El teatro Español anuncia una serie de miércoles históricos, consagrados á obras tipos de nuestra literatura dramática. Está muy bien la idea y me prometo no faltar á ninguna de esas funciones, excepto á la de *Los amantes de Teruel*. ¡No en mis días, ni en mis noches! Ya tuve bastante con aquella representación en que nos sirvieron á Codina por vez primera en esa temporada. Y, la verdad, no me quedaron ganas de repetir.

Pues es el caso de que en el primer miércoles se anuncia la admirable comedia de Moratín, siempre de actualidad, *La comedia nueva ó el café*. Y se advierte que, entre el primero y segundo acto, habrá de representarse una tragedia de Comella. No es explicable esa especie de emparedado teatral. Ya se ve que quiere darse la impresión ridícula del engendro del malaventurado poetastró. Pero mejor se lograba representando primero la tragedia y luego, todo seguido, *El café*, sin que se interrumpiera su acción y su emoción.

El propio Zarco Celonio, que en eso era inflexible, protestaría de esa profanación de sus tres unidades.

Y, á propósito de esa misma casa, ya que se trata de asunto enunciado en la prensa y por un crítico de altura como Caramanchel.

¿Por qué no hace su presentación en el teatro Español la señora Badillo?

Hartos méritos tiene para figurar, no sólo en la lista de compañía.

Para que luego se quejen ustedes del expedienteo español.

Esta es la fecha en que el Estado francés ha acuñado la medalla de la guerra de 1870. Y resulta que, á estas horas, los que fueron supervivientes de aquella campaña han dejado de serlo.

Así habrá habido tiempo para depurar heroicidades, que dicho sea de paso, maldita la gracia que les hace á los franceses recordarlas, por lo caras que resultaron.

Por supuesto como otros varios heroísmos que la historia recuerda, y que no valieron nunca baratos á las naciones ungida por la gloria.

Nada más curioso y vario que la cuarta plana de un periódico. Pero casi todos sus temas son bastante conocidos, y es necesaria una salsa que sazone los manjares de siempre.

Para romper esa monotonía hemos podido leer recientemente entre los anuncios de un rotativo, cierto aviso en que solicitaba las señas de los testamentarios de un señor que falleció hace sesenta ó setenta años, pues no está muy seguro el anunciante.

Ello recuerda el caso de aquel caballero que llegando á la entrada de un pueblo, encontróse á un anciano venerable, con una copiosa barba blanca, y aspecto de considerable vejez. El anciano estaba llorando amargamente, y el caballero le preguntó:

—¿Por qué llora usted, si es que puedo saberlo!

—Porque me ha pegado mi papá.

—¿Canastos! exclamó el recién llegado.—¿Y porque le ha pegado su papá?

—¿Por que no le he querido hacer una cosa que mandaba mi abuelito! ¡Si! ¡Si! ¡Si!

El asombro del viajero subió de punto, y no pudo por menos de interrogar así al viejo llorón.

—¿Pero cuantos años tiene su abuelo de usted!

Y el viejo repuso haciendo un alto en su lloro:

—Yo no lo recuerdo bien, pero vaya usted á aquella casa blanca que allí vive el cura que le bautizó.

Ayer viernes, día 24 de Noviembre hubo una efemérides literaria.

El gran Galdós puso á la venta su nuevo episodio «De Cartago á Sagunto».

Don Benito, grande, Don Benito después de una labor enorme, cuando ya tenía bien ganado el reposo que su trabajo y sus años merecen, sigue llevando oro, á la áurea montaña de su obra.

Anciano y achacoso, este admirable abnegado, no piensa en descansar. Cuando hace pocos días me dedicaba uno de los primeros ejemplares publicados de su episodio último, hablábame ya del otro que prepara y que se titulará, «Cánovas». Y con entusiasmos de mozo, me narraba proyectos de obras teatrales, y de más libros... ¡que sé yo! Qué cosa tan alta, y tan noble, y tan consoladora es ver á este grande hombre consagrando su existencia á un ideal, y pasar así sobre la vida y sobre la gloria.

Ahora, á más de pedir para él el premio Nobel, gestiónase la organización de un homenaje nacional.

Es una deuda que España tiene contraída hace tiempo con Galdós.

Pedro de Répide.

¡SON MUCHAS BAJAS!

(Carta íntima.)

Terrible *Besúñez*: tu carta he leído
con admiración,
y siento decirte, *Besúñez* querido,
que eres un melón.

¿Que va para abajo el *género chico*?...
Es mucha verdad,
y esa es una cosa que yo me la explico
con facilidad.

No tienen la culpa nuestros libretistas
(dicho con perdón);
consiste en que faltan maestros y artistas
de alta inspiración.

Que el *género chico* anda alicaído?...
¡Pues cómo ha de andar!
¿Tú sabes las bajas que el pobre ha tenido?...
¡Empieza á contar!

Manolo Rodríguez, Riquelme, Pinedo,
Emilio Orejón
y *Julián Romea*... ¡Si es que mete miedo
tanta defunción!

No niego que aun quedan artistas expertos
que siempre aplaudí;
pero aun no han tenido los ilustres muertos
su reemplazo aquí.

De tiples no hablemos: la *Pretel*, la *Pino*,
la *Arana*, la *Brú*:
tiples que le hablaban, por un don divino,
al *Arte de tú*.

De maestros ilustres nublóse en un día
el hispano sol.
¡Murió *Caballero*! ¡La luz, la alegría
del *Arte español*!

Del otro maestro, de eterna memoria,
al entierro fuí:
¡Qué rico tesoro llevóse á la Gloria
Ruperto Chapí!
¡Murió el pobre *Chueca*!... La más juguetona
lira popular,
y, justa la Fama, sus triunfos pregonar
su nombre al llorar.

Hay compositores que, hábiles y diestros,
se hacen aplaudir;
pero las vacantes de los tres maestros
¡siguen sin cubrir!

Son muchas bajas que aun llora la Escena,
falta de calor,
y el *género chico* suspira con pena,
muerto de dolor.

No es toda la culpa de los libretistas
que en la lucha están:
¡Es de esos *maestros* y de esos *artistas*
que no volverán!

Si el *género chico* suspira con pena,
próximo á morir,
es por esas bajas que aun llora la Escena
y están sin cubrir.

Yo sigo, *Besúñez*, como en mis principios,
créamelo *usté*:
¡Con la *misma gracia* y los *mismos ripios*
que cuando empecé!

Si el templo de Apolo á tierra se viene,
es muy natural:
¡No le echas la culpa al que no la tiene,
cacho de morral!

José Jackson Veyan.



La escena en el salón "La azotea de Los Gabrieles,,"

Se han marchado los prohombres de la ilustre tertulia sevillana y queda solo Cascales, cuando, aprovechando las vacaciones del mes de difuntos, llegan á visitarle y toman asiento á su lado el pintor Zurbarán, protagonista del libro que acaba de publicar aquél, y el tremendo Espronceda, de cuya documentadísima biografía, en preparación, han aparecido algunos capítulos en el último número de la *Revue Hispanique*, de París, demostrando que el pobre bohemio era un acaudalado elegante:

CASCALES. Os invito, como debo,
á una caña ó á una azumbre.

ZURBARÁN. Muchas gracias, yo no bebo.

ESPRONCEDA. Yo he perdido la costumbre.

CASCALES. Cumplí con ustedes dos
y el buen éxito me anima.

ESPRONCEDA. Tenía ganas, vive Dios,
de echarte la vista encima.

CASCALES. *No os podréis quejar de mí,*
que buen *bombito* os regalo.

ZURBARÁN. Yo, no me quejo.

ESPRONCEDA. Yo, sí:
á mí me has pegado un palo.
¿Te figuras tú que está
medio regular siquiera
que me saques hasta la
cuenta de la lavandera?
A la larga ó á la corta,
juro que me vengaré.

CASCALES. *Arrojar la cara importa,*
que el espejo no hay por qué.

Francisco Flores García.

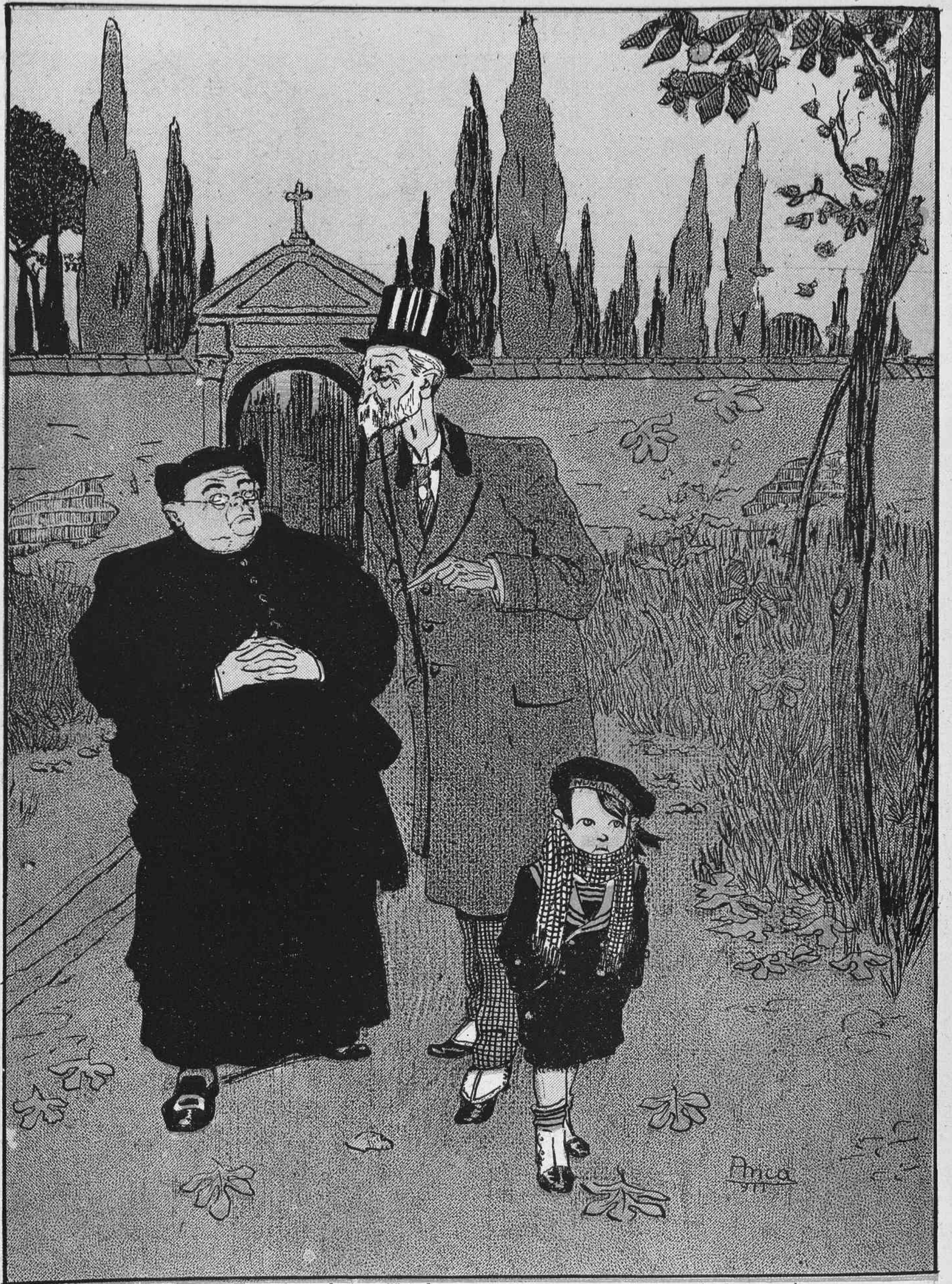
ANORANZA

Ten, acércate más, sé cariñosa,
y veras como aun te amo con locura,
disfrutando los dos esa ventura
que ofrece la mujer cuando es hermosa.

Tus labios de carmín como la rosa
prestan un gran encanto á tu figura,
y cuando más te miro, tu hermosura
me parece más real y más grandiosa.

Yo, en mis delirios de pasión ardiente,
ví alzarse mil ideas en mi frente
que hablaban de tu gracia y gentileza
y un símbolo inefable de consuelo
que aquellos días me elevara al cielo
en alas de tu amor y tu belleza.

Lorenzo Roldán.



El cura.—Es curioso, doctor. Ustedes y nosotros nos encontramos siempre en los momentos decisivos de la vida: en los nacimientos y en los entierros.

El doctor.—Es que los dos vivimos de lo mismo.

Dibujo de Anca.



—¿Sabes que ahora estoy en relaciones con el marqués?

—Me lo figuraba.

—¿Por qué?

—Porque cuando yo le dejé, me aseguró que iba a hacer una tontería.

Dibujo de Marqués.

La caricatura contemporánea



Francia.

WILLETTE



El célebre humorista Villette en su estudio de Montmartre.

Jean Lorrain, aquel refinadísimo espíritu que ennobleció el realismo más con una prosa, donde las palabras relucían como joyas, y en cuyos libros se aromaba la fastuosa riqueza de los cuadros de Gustavo Moreau, dijo en cierta ocasión hablando de Alfredo Villette:

«A través de las lunas, enormes fantasmales y lívidas de su obra, gesticula, transparente, un cráneo.»

No puede escribirse nada tan justo acerca del gran humorista, del más extraño y más poeta de todos los dibujantes franceses.

Porque los cuadros, los dibujos, los *panneaux* decorativos de Willette son de una sensación de frío y de angustia enfermiza que atrae.

El arte lánguido, perverso de Watteau, resucita evocado por su mano que ya los años empiezan a debilitar. Todo el siglo XVIII, con sus lances de amor, sus fiestas perversas, sus cabelleras empolvadas y su culto pagano á la belleza, está dentro de él, de su cuerpo de pierrot, que en otro sería un disfraz, pero que en él, es como si el alma hubiera salido á envolverle y á defenderle contra la vulgaridad humana.

Hace mucho tiempo, cuando la época loca y arbitraria

de Montmartre, cuando Maurice Donnay escribía canciones para los cantantes de Cabaret, y Steinlen empezaba á justificar las injusticias humanas, y Verlaine hacía rápidas apariciones entre visita y visita á los hospitales, Willette empezó á dibujar sus primeras fantasías de rosa y de blanco, las primeras Colombinas frívolas y los primeros pierrots trágicos y los primeros gatos erizándose entre las aspas del *Moulin Rouge*.

Aquello pasó; Verlaine ha muerto, Donnay es académico; los demás compañeros de entonces han ido abdicando ó se han ido muriendo.

Los días bohemios de Montmartre están muy lejos. Willette es viejo; tiene los cabellos blancos y sin embargo, va la juventud de su corazón á su pluma, como una fuente inagotable de bondad, de belleza, de poesía.

En esos cabellos blancos que aureolan la ancha frente de Willette, está el escudo de nobleza de su arte, todo blancura y desolación.

Blanca nieve, blancos pierrots, nubes blancas, lunas redondas en el cielo gris.

Sueña paisajes de nieve y de niebla donde nunca brota la sangre. Rara vez asoma en sus obras el puñal. Sus personajes mueren de frío, de pena. Su dolor es más íntimo, más espiritual. Es nuestra alma contemporánea que se agita dentro de los nervios enfermos.

Y de este modo, jugando con el corazón de Pierrot, con la coquetería de Colombina y con las calaveras, ha hecho más por el ensueño y por la libertad que muchos poetas y revolucionarios juntos.

Tiene la sensibilidad de un gran lírico y á veces el brutal, el impulsivo zarpazo de un pensador.

¿Puede escribirse poema más hondo, más conmovedor, que esa frase amarga de lágrimas que compadece á Cristo Niño por los treinta y tres años que le quedan de vivir entre los hombres?



Llora hijo de Dios llora, que aun te quedan treinta y tres años de vivir entre los hombres.



Qué idea tan santa ha sido esta de colocar pilas de agua bendita en las oficinas de Correos.

Nunca la voz de un filósofo encontró el eco del corazón con idéntico grito de pesimismo.

Otro dibujo suyo hay una mujer llorando, un hombre borracho con una botella en la mano y á los pies de ambos un Cupido muerto.

El artista ha escrito debajo: «A veces basta una botella para matar al amor».

¿No es también de una penetrante idealidad aquel otro dibujo en que varios Cupidos van desarmando á Francia simbolizada por una mujer cubierta por una armadura, y á cuyo dibujo Willette puso el siguiente comentario: «Desarmada estarás Francia más hermosa».



El amor es un placer compartido.

Finalmente recordaré aquella moza desnuda, cínica, verdadera carne de placer que, sentada en la guillotina, dice: «Soy la santa Democracia y espero á mis amantes».

Sus besos, los besos de la santa Democracia como los de la antigua reina de Egipto costaban la cabeza.

La burguesía y los tribunales de justicia no vieron en aquel dibujo más que una pornografía á pesar de que era algo más: era un piquetazo de hombre libre, que es burla de todo, incluso de la libertad.

Pero, este hombre admirable, este gran poeta sonríe á veces con una sonrisa suave y bondadosa, de abuelo para quien todas las miserias humanas son conocidas y dignas de perdón.

Entonces surgen del lienzo y del papel esas flores de mujer frágiles y lindas que visten trajes Watteau y sombreros de otras épocas y peinados distintos á los peinados actuales.

Las mujercitas de Willette son siempre ingenuas, aun cuando salten sobre las aspas de los molinos de Montmartre engañadas por la luzlejana y seguidas de muy cerca por el gato negro del desengaño.



Las primeras rosas.

Cuando la guerra de España con los Estados Unidos, Willette publicó en el *Courrier Français* un dibujo que se representaba al amor tapando la boca de un cañón.

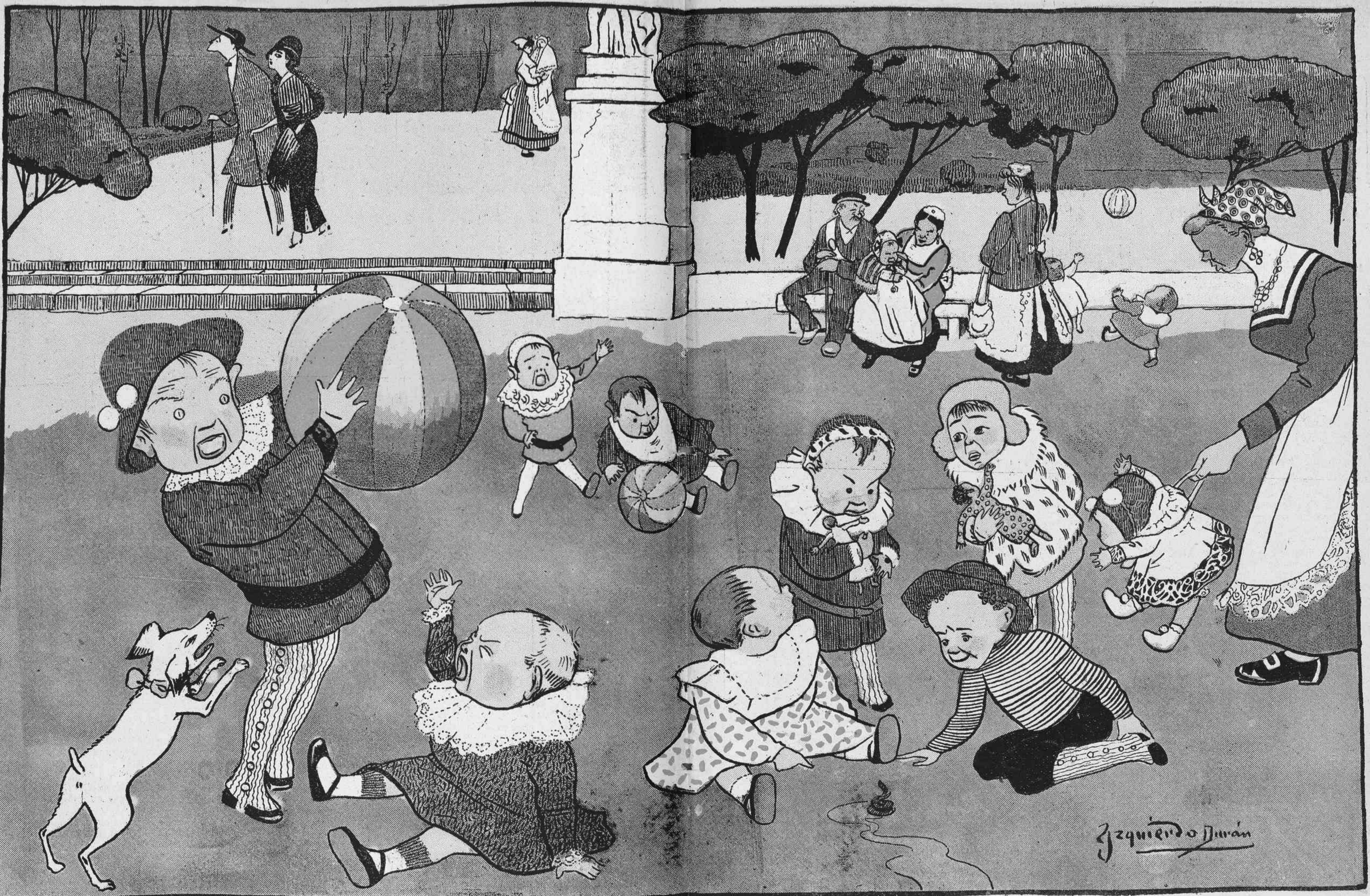
Este aura de paz, esta bondadosa ternura lo mismo que aquel huracán pesimismo, lo expresa siempre en líneas suaves y agradables; emplea tonos claros, gratos á la vista y jamás asoma en sus dibujos un solo detalle de vulgaridad ó un concepto obscuro.

Si no acerté á reflejar esta personalidad, sutil y casi impalpable del gran humorista, por lo menos sé que habré despertado el deseo de amarle, de profundizar en su arte lleno de vaguedad y de ironía.

¡ Son esos que según el mismo Willette exclaman ante sus dibujos. «:Mais non; on ne vous comprend; vous êtes si obscur, ¡que diable! on ne fait pas de la littérature en art».

Son «les messieurs, et dames pour lesquels un journal illustré ets un maintien au café ou chez le dentiste».

José Francés.



Izquierdo Durán

JUEGOS INFANTILES. por Izquierdo Durán.

DETABULLO LITERARIO



PCAS personas se alegrarán, como yo, del triunfo de Villaespesa con *El alcázar de las perlas*. Lo considero como el triunfo colectivo de un género, de una época y de una pintoresca familia literaria.

Está muy bien y es muy justo. Lo que me parece es que ha tardado demasiado en llegar. Un poco antes y se hubieran evitado muchos cafés con tostada, que es el régimen más absurdo de alimentación.

Villaespesa es de los poetas que han comido peor; como véis, esto es el colmo de la redundancia. Pero él ha probado bravamente que se pueden escribir versos admirables, soñar con princesas y alimentar la miseria corporal con queso manchego y chocolate con churros.

Ha pasado por la vida más misérrima sin enterarse, con los ojos vendados por un jirón azul de ideal. Esta divina inconsciencia le ha librado de enterarse de que los camastros de la Posada del Peine son más propios para cenobitas que gusten de atormentar el cuerpo, que para gente voluptuosa que desee dormir á pierna suelta. Tampoco aquel su suntuoso *alzacuellos de obispo*, era el último alarido del dandysmo ni de la comodidad. Pero de todas las menguas le salvaba su imaginación.

Un día de opulencia se encontró con Julio Camba. Villaespesa tenía un aire de gran señor y llevaba bajo el brazo un formidable envoltorio.

—Acabo de cobrar un libro y me he comprado doce mudas.

—¡Hombre, me alegro mucho!—exclamó Camba.—Tengo una cita galante con una bailarina, con la... y pronunció uno de esos nombres radiantes, cascabeleros, aromados de voluptuosidad, que desde los carteles teatrales hacen latir violentamente á los corazones de veinte años.

—Estaba muy triste porque no podía ir por el estado ruinoso de mis calzoncillos. Pero tú has venido á salvarme. Me darás un par de ellos.

—La cosa es que... verás; calzones no he comprado ninguno.

—Me contraría mucho, pero en fin me darás dos camisetas.

—Tampoco, porque... yo creo que la camiseta es una prenda superflua y no he comprado ninguna.

—Bueno hombre, bueno. ¡Al menos me darás una camisa!

—Chico, la verdad... No puedo darte una camisa entera...

—¿Eh?

Villaespesa desenvolvió su lio. Las doce mudas se re-

ducían á doce camiselines, ó sea doce cuellos y doce pecheras, ¡Oh, prodigios de la fantasía!

La hermosa bailarina esperó en vano aquella noche á Julio Camba.

El alcázar de las perlas le dará dinero y gloria. Empleará el magín en torjar versos y emociones dramáticas en lugar de asaltar editores y prestamistas. Porque con este digno gremio Villaespesa ha sido un águila. Una vez empeñó una calavera, asegurando que volvería á sacarla porque era un recuerdo de familia.

**

Tomás Borrás ha propuesto, en mala hora, que se solicitase el premio Nobel para Jacinto Benavente. Todos los cofrades han protestado.

Realmente, tenemos aquí á D. Benito Pérez Galdós, que es un grande hombre á pesar de ser republicano. Ved ese monumento de los *Episodias nacionales*; ved su trato, sus novelas.

Pero ved también la labor teatral de Benavente. *La noche del sábado*. *Los intereses creados*, etc. Quizás sea pronto para D. Jacinto por que es joven, sobre todo habiendo un viejo como Galdós.

Ya le vendrá su hora, por que como es un hombre de doble energia tendrá tiempo de escribir bellas comedias y de hacer el Tenorio ó de cantar la pulga en el cine de la Encomienda, si eso le gusta.

Respecto á la burlesca representación del drama de Zorrilla, además de una irrespetuosidad de mal gusto, yo creo que hubiera estado mejor en Navalcarnero, como pensaron al principio. Estaba más en ambiente.

Pero ¿á que discutir tanto la persona favorecida por el premio? En Stokolmo puede que se sonrian un poco... Además, tenemos aquí á otras grandes figuras ¿No les parece bien el Sr. Arniches? Preguntad en la taquilla de la Sociedad de autores y os convenceréis de la importancia de este dramaturgo. Y preguntad también á la masa de público, cuyo autor favorito es el autor de *Gente menuda*.

Es posible que no sepan un fragmento de prólogo de *Los intereses creados* ni recuerden quién es *Marianela* ni *Doña Perfecta*; pero de fijo que todos os podrán entonar los cuplés de *Serafina*.

Emilio Carrere

ALMANAQUE «PÉREZ CAPO»

Nuestro querido amigo y compañero Felipe Pérez Capo acaba de publicar un Almanaque para 1912, que ó mucho nos equivocamos, ó se va á agotar en menos tiempo que tarde en persignarse un cura loco.

Contiene el Almanaque artículos, cuentos, un monólogo completo, curiosidades, caricaturas, retratos... Todo ello muy bien presentado y al alcance de ¡absolutamente todas las fortunas!

Y como para muestra basta un botón, vea usted que no exageramos nada, y recréense con el siguiente botón de muestra:

Juicio del año.

Inauguro esta sección con seguridad pasmosa.
¡Toda mi adivinación es hoy de color de rosa!

En el año que ahora empieza, según está convenido, encontrarán la cabeza los muchos que la han perdido.

El dolor se apartará para que pase el deleite, y el mundo parecerá una gran balsa de aceite.

Terminará toda insania que encubra germen de guerra, y se abrazará Alemania con Francia y con Inglaterra.

Seguirán armando estruendo

músicos de carambola, ¡y Grieg seguirá escribiendo mucha música española!

Don Antón será enemigo de todo lo ultramontano, y seguirá don Rodrigo siendo muy republicano.

Se quitarán los impuestos... no habrá cédulas, ni nada... ¡y se pondrán varios puestos de merluza regalada!

Sin mala fe, sin engaño, todo equitativo y justo... ¡el que reviente este año, es que revienta de gusto!

Felipe Pérez Capo.

Sonrisas... y sonrisas.

Me miró; yo la miré, y siguió andando deprisa sobre el asfalto encharcado con la falda recogida.

La escena se repitió una noche y otro día; yo marchaba siempre solo; ella también sola iba.

Una noche de las muchas que la vi doblar la esquina la seguí con el deseo de saber dónde vivía.

Fuí hasta ella; la miré; me reconoció en seguida, y siguió seria sus pasos por la calle Espoz y Mina. Galante, ingenioso y frívolo, la dije cien tonterías,

y me costó Dios y ayuda arrancarla una sonrisa.

Ocho ó diez meses después de la escena antes descrita la vi avanzar una noche en la calle de Sevilla, por la acera del Inglés, entre maletas suicidas y hampones de la farándula que allí rastrean su vida. Me miró; yo la miré, y siguió andando deprisa con el busto echado atrás, la mirada imperativa, alhajada con pulseras, lanzaderas y sortijas, y encerrando exuberancias en una falda ceñida.

La seguí, como otros muchos que compraban sus caricias, y observé que aquella noche *prodigaba la sonrisa.*

¿Crees, lector, qué lamento el fin de esta hermosa niña y en nombre de la moral voy á hacer una elegía cantando las excelencias del hogar y la familia y salmodiando la muerte de una juventud perdida? Nada de eso; sólo siento no haber tenido la dicha de descubrir el caudal de su divina sonrisa.

José Gómez Roquera.



—¡Oh, mister Pipp: Un corazón vale menos que todos esos papeles!

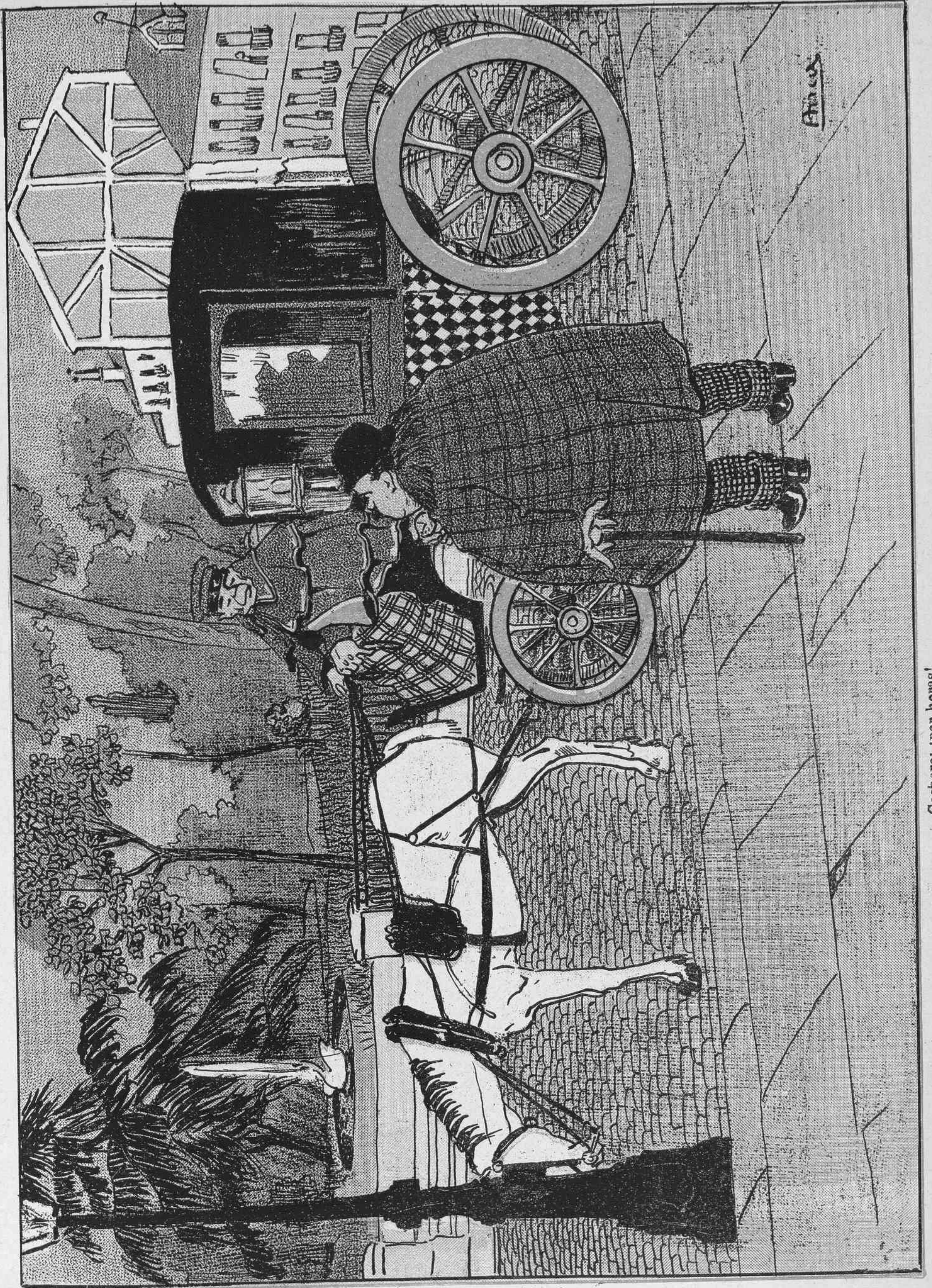
Dibujo de Gibson.



—¿Y dónde habéis estado este verano?

—No lo sé. Era el novio de ésta quien tomaba los billetes.

Dibujo de Márquez.



—Cochero: ¡por horas!
—Bueno! pero síbase pronto, que no le vea el caballo.

No fuera yo debidamente modesto si de pretender competir con Flores García, García Valero y otros Garcías, amenos anecdotizadores de cosas de teatros, tratase.

Pero ello es que ha tiempo me cosquillean las barbas de la pluma por escribir el relato de lo que cierta tarde de riente primavera me ocurrió en un coliseo que una reciente restauración ha puesto ahora muy en boga.

Iba á ensayar un sainete que el bondadoso empresario se había dignado aceptarme, y no me faltaba nada; el puro (yo siempre voy con puro á los ensayos, porque los actores respetan más), la sonrisa en los labios, para agrandar á la Empresa, y el capullo en el ojal, para agrandar á la tiple.

Había de transcurrir aún cerca de una hora para la del ensayo de mi joya; pero la querencia me arrastraba, y yo—no oponiendo resistencia mayor—me dejaba conducir.

—Los encontraré ensayando *La Bonitica*—pensé—; pero no me detuve.

Me sorprendió que no ensayaran.

—Esperamos á la Monteagudo—me dijo indignado el director de escena—. ¡No sé qué se ha creído esa señorita! ¡No hay quien la haga levantarse antes de las tres de la tarde!

—Calle usted—agregó la tiple que la seguía en importancia—, como que hasta su misma madre se lo afea. «A mi niña (salta á lo mejor), ¡pobrecita mía!, nunca la parece buen momento para saltar de la cama; en cambio, por la noche... ¡no hay quien la acueste!»

—En esto último me parece que no tiene razón la buena señora—repliqué el director, poniendo ojillos picarescos...—¡Sí hay, lo hay, vaya si lo hay!

Pasaron cinco minutos, que amenizó aquel hombre con lo más lindo del repertorio carreteril, y la Monteagudo sin parecer.

—Pues no ensayo hoy *La Bonitica*—vociferó enardecido—, y si el autor rabia, también rabio yo.

La Bonitica era una zarzuela original...; no se sabía á punto fijo de quién. Sabíase solamente que D. Je-

sús Rondés la había llevado al teatro, empleando para hacerla llegar hasta el estreno toda la pujante fuerza que acumulan treinta años de éxitos, con algunos fracasos intercalados de modo poco visible.

Tenía, pues, D. Jesús más que lo suficiente para hipnotizar á la menos neurótica Empresa; mucho cartel, muchos títulos, mucha *carrera*. Amén de que á los treinta años de servicios activos en el teatro, unía otros veinte anteriores de no menos notoriedad en periódicos y revistas.

Sólo algunos incipientes literatillos mordisqueaban á D. Jesús, llamándole *queso*, *batata* y otras cosas alimenticias, y echándole en cara sus respetabilísimos noventa años.

Don Jesús, en efecto, apenas si podía andar, leer no se diga, y escribir ni pensarlo; pero no importaba. Siempre había algún novel que llamase á su puerta, viendo cerradas las de los teatros todos, y suplicante exclamara: ¡D. Jesús, sálveme usted; sea usted mi guía y mi colaborador! Le traigo esta obra; la estrenaremos si usted se lo propone.

Y así sucedía; la estrenaba. D. Jesús no la leía (no podía, como queda dicho), pero la firmaba, único esfuerzo de que era capaz su valetudinaria mano; y abrumando á la Empresa con la pesadumbre de su tantos lustros glorioso nombre, conseguía estrenar para bien suyo y del novel.

Esto exactamente había ocurrido con *La Bonitica*. Mas precisa advertir que D. Jesús, hombre tan temible por su mala lengua como inaguantable por su genio arisco, no toleraba insinuaciones. y se hallaba siempre dispuesto á abofetear—quizás prevalido de los privilegios de su edad vetusta—á quien, él presente, osara deslizar la menor alusión á su poca ó ninguna parte en las obras que firmaba; y había que fingir creer en que él solo ó casi solo se las pergeñaba, consintiendo en colaborar con noveles, no porque á él le hiciera falta, sino para abrir paso á *estos chicos de ahora*.

—¡No ensayo *La Bonitica*! Ensayo la de usted, que no tiene papel la Monteagudo.

—¡Bueno se va á poner D. Jesús si viene y se encuentra con que su obra no se ensaya!—se oyó susurrar por los rincones.

Pero los susurros se extinguieron, y comencé yo á ensayar, con mi buen puro, mi voz lo suficientemente campanuda en las observaciones, y arrellenado frailunamente en el sillón de dirigir.

Y hete aquí que á poco se oye la pertinaz y cascada tos de D. Jesús invadir el escenario. Todos, soliviantados, temían los sapos y bichas que de su boca se escaparan; el director, antes tan arrogante, parecía acoquinado, y yo, deferente ante mi amigo y maestro, quitándome el sombrero, fui á saludarle desocupando el ansiado sillón.

—No molestarse, hombre, no molestarse; siga el ensayo—gruñó don Jesús—. ¡Vamos, seguid he dicho! ¡Qué... tal y qué... cual!

Continuó el ensayo de mi obra, pero yo ya no la dirigía; D. Jesús, sentado en el trono directivo, ordenaba, enmendaba, reñía y mandaba repetir ó *echar abajo* escenas.

Llegamos todos á comprender lo que ocurría, pero nos libramos muy bien de expresarlo. ¡Cualquiera hacía caer á D. Jesús en una plancha!

Le dejé hacer, y cuando el ensayo hubo concluido, le vi que se acercaba al director de escena y le gritaba, con la convicción más ingenua:

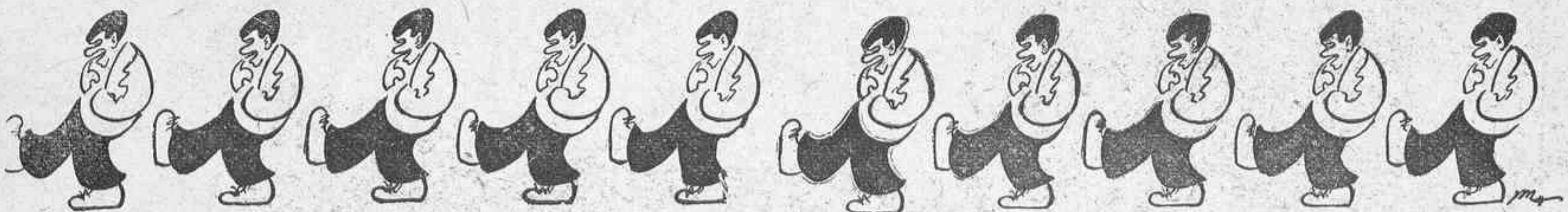
—Yo ya le he dicho á mi colaborador que esto lo mismo se podía llamar *La Bonitica* que ¡*M'alegro de verte güeno!* Es un título incongruente...

—Pero, D. Jesús—se atrevió ya á decirle muy cargado el director,—si la que ha estado usted dirigiendo no es la obra de usted, es la de éste...

—¡Ah!, ya lo decía yo—exclamó D. Jesús en el tono más natural. Y dirigiéndose á mí, exclamó:—Usted dispense, pollo.

Y, como había llegado, tosiendo y renqueando, desapareció por el pasillo; y cuando se alejó, cuantos estábamos allí estallamos en la más estruendosa carcajada que se oyó jamás de proscenio á foro.

Antonio Domínguez.



COSAS.

I

El pelo negro, muy negro;
blanca, muy blanca la piel;
los ojos grandes, muy grandes;
chicos, muy chicos los pies;
la cara bella, muy bella;
muy bello el cuerpo también...
Si así lo tuvieras todo,
¡qué guapa que ibas á ser!

II

Todavía no he llegado
á saber por qué razón
la figura de Cupido
en un niño se encarnó.
Debe obedecer de fijo
á una antigua tradición,
pues Cupido tiene ahora
la malicia de un mayor.
Por ver si alguien me lo explica,
dos preguntas hago yo:
—¿Por qué amor es siempre un niño?
¿y por qué, sin distinción,
gusta tanto á todas ellas
que les hagan el amor?

Adolfo Sánchez Carrérez.



E. M. — V. é S. — Ego te absolvo...
Nosotros también le absolvemos, por-
que... ¡qué vamos á hacer, dada su poca
gracia y su ancianidad!

J. V. C. Granada. — Lo de V. no
sirve, pues además de ser viejo el
cuento, como V. dice muy bien, es co-
nocido hasta en el quinto cielo si es
que algún entusiasta del famoso Car-
reño ha pasado por aquellos lugares,
y además los versos son verdaderas
berzas.

M. el Enamorado. — Leyendo el epi-
gramita ya se nota que es V. un ena-
morado y de los platónicos é inocentes,
pues como ellos no dice más que ton-
terías, de una inocencia horrible; por
tal razón al cesto va su epigrama.

F. de J. — Madrid. — A V. también le
debían cortar el pie con que escribe las
malas patas del «Patás».

Julio de Hache. — Barcelona. — María,
no nos gusta. Y ¡vive Dios! que somos
partidarios hasta de las galletas de ese
nombre.

M. M. — Madrid. Su poesía titula-
da «del Modernismo» (y la llamo poe-
sía porque de alguna manera tengo que
llamarla), ni es poesía, ni es moder-
nista, ni es casi castellano, pues sobre
no decir nada, están medidos los ver-
sos con los pies, y si no véase la mues-
tra:

Pensando en el suicidio
la fiebre desaparece,
la confianza mece
la cuna de mi amor;
ayúdame á mecerla
con muchísima alegría,
y así verá tu tía
que no soy ningún guasón.

Usted sí que es un guasón, porque
¡mire V. que no cobrar esa poesía por
altruismo! al demonio se le ocurre.
Cúrese de su fiebre poética y dedíquese
con toda fe al madapolán, que le ten-
drá más cuenta.

NUESTRAS PÁGINAS DE MÚSICA

Con el fin de que puedan ser
reunidas en un álbum las planas
de música que publicamos en este
periódico, insertaremos en todos
los números un cupón para que
al final de cada mes puedan reco-
ger en nuestra Administración,
Preciados, 17, entresuelo, el Al-
bum Musical de Madrid Cómico,
previa la presentación de los cua-
tro cupones correspondientes.

Nuestros lectores de provin-
cias podrán remitirnos dichos
cupones en sobre abierto fran-
queado con $\frac{1}{4}$ de céntimo.

Los suscriptores recibirán á
domicilio, á fin de cada mes, el
Album Musical.

El primer cuaderno de dicho
Album contendrá un precioso nú-

mero de la aplaudidísima opereta
del maestro Strauss, titulada El
soldadito de chocolate y la pre-
ciosa canción La sombrilla, del
maestro Romero, que con tanto
éxito canta la bellísima canzone-
tista Paquita Escríbano.

Cupón núm. 3.

Administración: Preciados, 17, entresuelo.

Para ser canjeado á fin de mes,
con los cupones correspondientes,
por el Album Musical de MADRID
CÓMICO.

Nombre

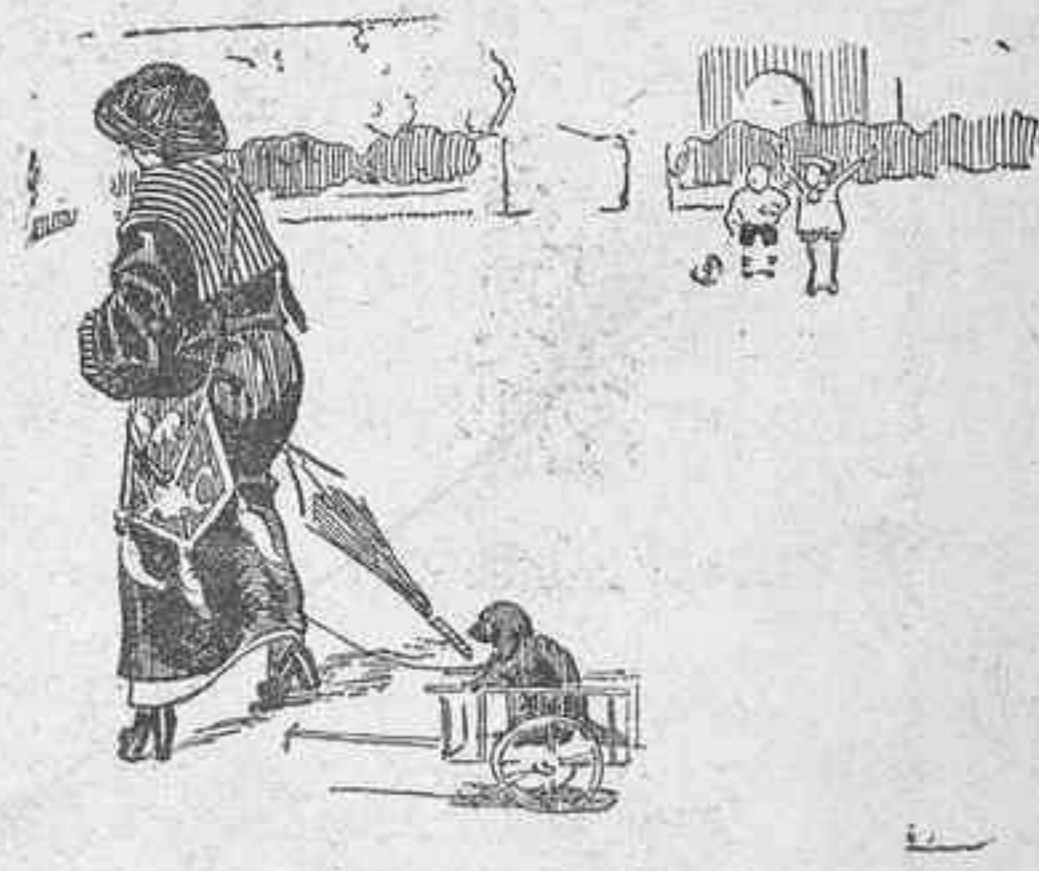
Dirección

Para los vendedores.

Aproximándose las fiestas de
Navidad y con el objeto de que
los vendedores de periódicos de
Madrid puedan obtener el premio
á que son acreedores por su
constante labor y el entusiasmo
y cariño que muestran á diario
por todas las publicaciones, la
empresa de MADRID CÓMICO,
aunque muy modestísima, tiene el
honor de solicitar la cooperación
de todas las demás, á fin de que
por medio de una suscripción
pueda reunirse una cantidad de
cierta importancia, que dividida
en varios premios, sea sorteada
entre todos los vendedores de
Madrid, con la Lotería Nacional
de Navidad.

Esta modesta empresa inaugura
la suscripción con la cantidad de
150 pesetas, esperando que con-
tribuyan también los demás pe-
riódicos, á cuyo efecto se reci-
ben adhesiones en nuestras ofici-
nas, Preciados, 17, entresuelo.

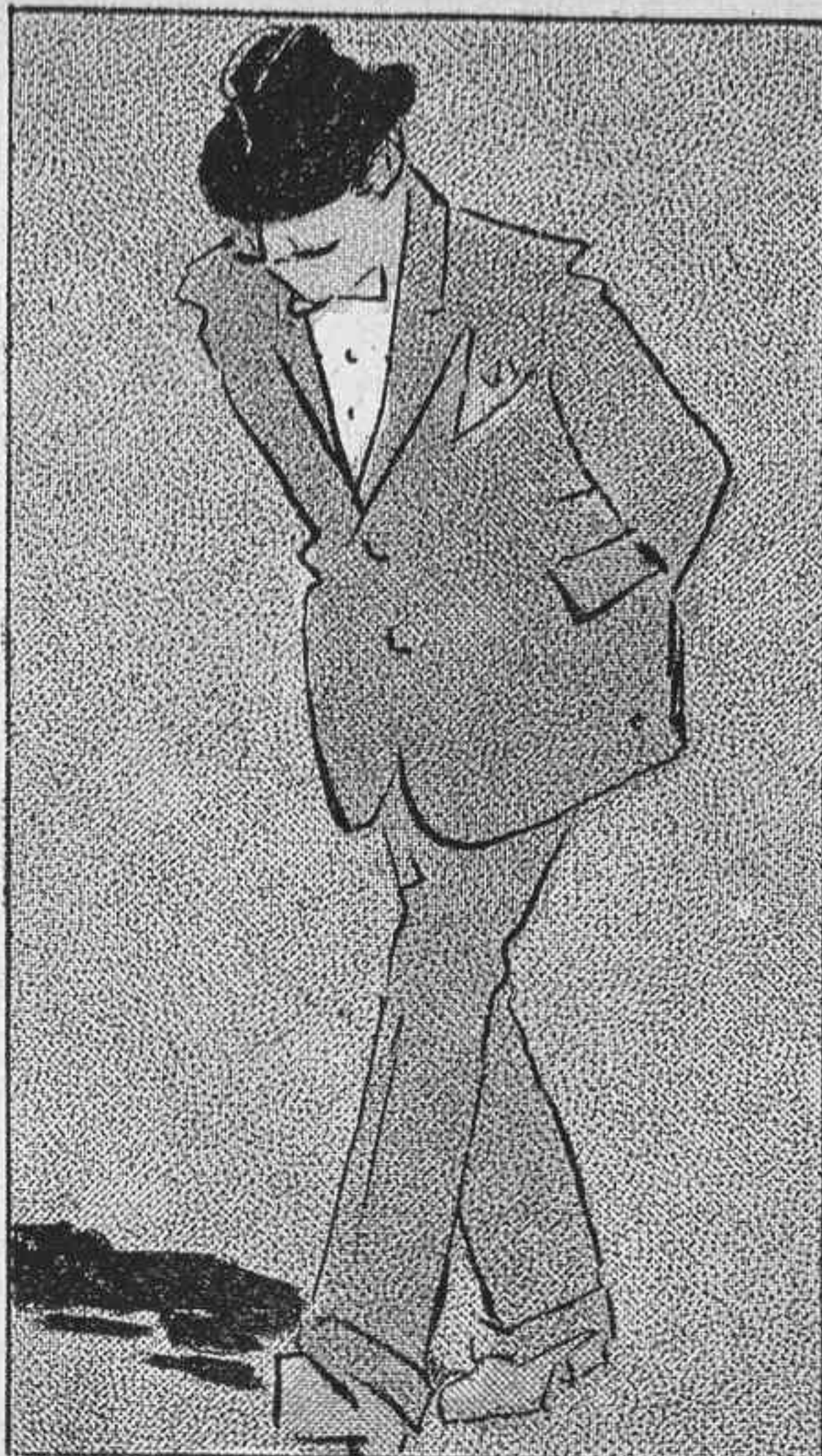
Hemos recibido adhesiones de
los Directores de algunos perió-
dicos; oportunamente publicare-
mos la lista de éstos.



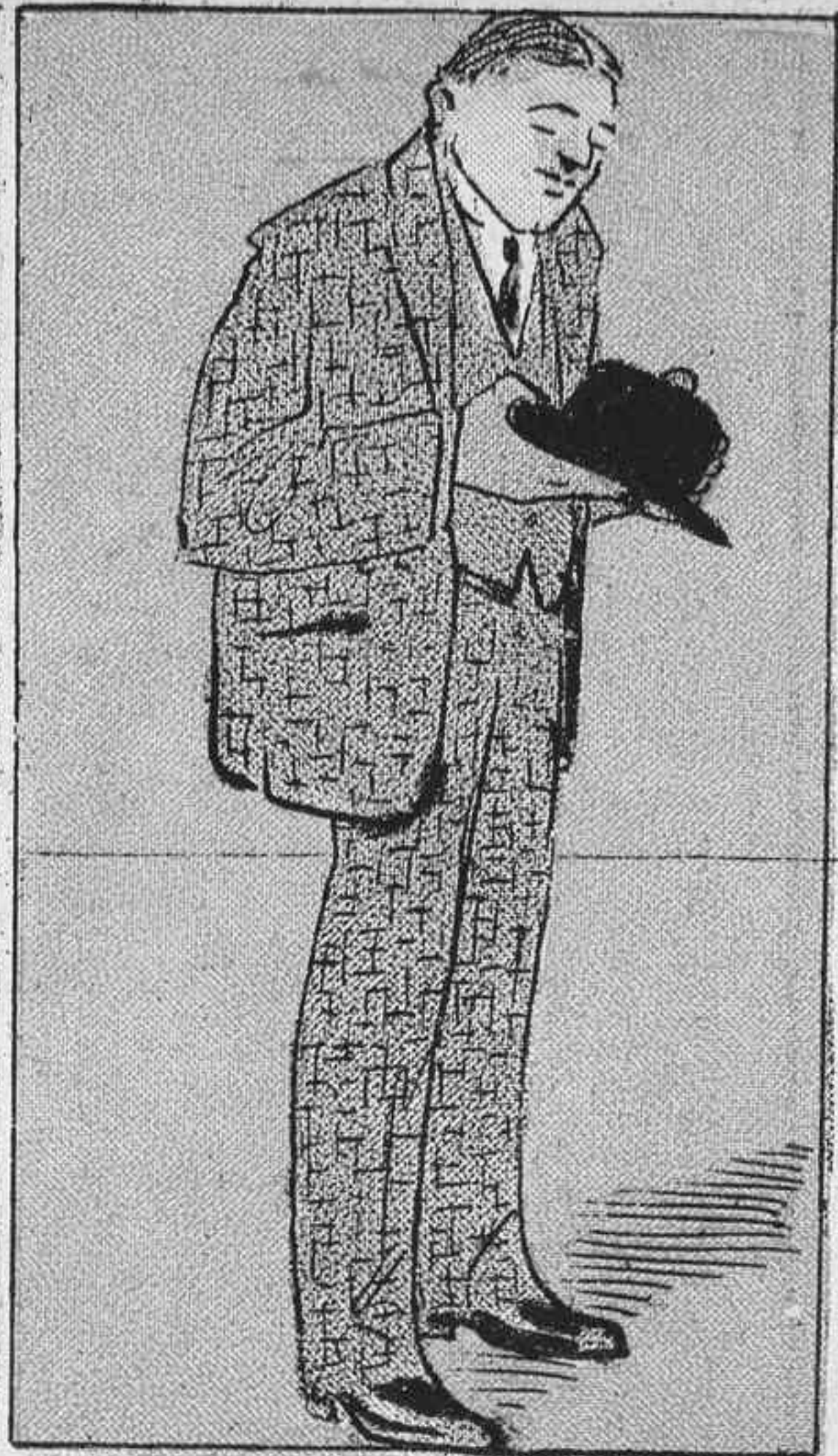
HISTORIETA MUDA, por Anca.



Aseguro que esa ingrata
 hoy ya no se me resiste,
 porque el problema consiste
 en lucir bella corbata.
Mariana Pineda, 12.



¿Que qué bien me nuevo?
 ¿que cómo anda un hombre?
 Pues, hijo, calzándose
Cedaceros, 11.



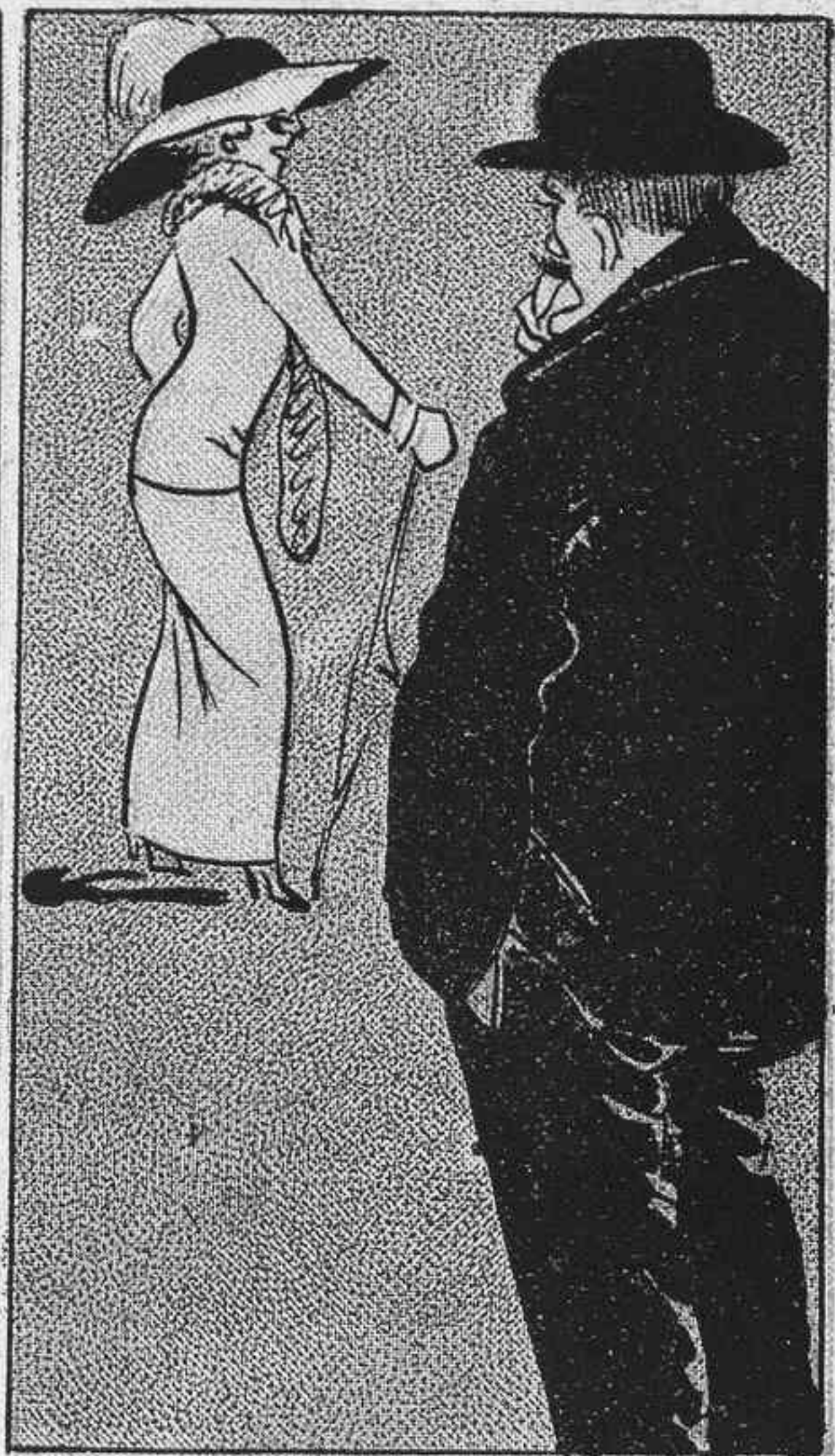
Si quieres tener idea
 muy exacta de lo eterno,
 cómprale a **González Rivas,**
Preciados, 13, un sombrero.



Por fin, logré mi manía;
 ya encontré una sastrería
 donde un traje me han sacado
 que me está como pintado.
 Mejor, ni Goya le haría.
Sastrería Modernista
Jacometrezo, 47, principal.



Si yo tuviera una capa
 como la de ese señor,
 iba á torear con ella
 más que Vicente Pastor.
La Joya de la Cruz.
Cruz, 10 y 12, Sastrería.



Quién fuera la modista
 que la ha vestido á usted,
 ¡Vaya un cuerpo divino!
 ¡Señores, qué corsé!
Corsés Regúlez,
Bordadores, 9.